

# LA LÓGICA DEL FANTASMA\*

## Seminario de 1966-1967

**Jacques Lacan**

\* *La logique du fantasme, séminaire 1966-1967*. Ediciones de la *Association Lacanienne Internationale*, Publicación *hors-commerce*. París, Julio de 2004. El documento fuente que aquí se cita se estableció a partir de la transcripción de Guy Sizaret, con esclarecimientos de una edición anterior de dicho documento por parte de Claude Dorgeuille. Las diferencias y comentarios de estos dos autores se agregarán en notas al pie, siguiendo la nomenclatura utilizada en francés: [S.] después de un comentario de Guy Sizaret y [D.] después de uno de Claude Dorgeuille. En cambio, sus apellidos completos, [Sizaret] o [Dorgeuille], remiten a variantes que quienes establecieron el texto pensaron interesante preservar. Asimismo, las notas del traductor irán debidamente acompañadas de [T.].  
Establecimiento del texto francés: B. Cavdini, N. Dissez, D. Janin, Th. Jean, M. Jeanvoine, V. Nusinovici, H. Ricard, J-P. Trocmé, C. Veken, M. Cardot y D. Buisset.  
Traducción al español: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila.  
Colaboraron en la revisión de esta traducción y de esta versión en español: Álvaro Reyes, Arturo de la Pava O., Belén del Rocío Moreno C., Carmen Lucía Díaz L., Eduardo Aristizábal C., Javier Jaramillo G., Mario Bernardo Figueroa M., Pilar González R. y Tania Roelens H.

## LECCIÓN 1

16 de noviembre de 1966

Hoy voy a lanzar algunos puntos que harán parte ante todo de la promesa.

Este año titulé *Lógica del fantasma* lo que espero poder presentarles de lo que se impone en el punto en que nos hallamos de un cierto camino. Camino que implica, lo recordaré con fuerza hoy, esa especie de retorno muy especial que hemos visto ya el año pasado inscrito en la estructura y que es propiamente, en todo lo que descubre el pensamiento freudiano, fundamental. Ese retorno se llama *repetición*. Repetir no es volver a hallar lo mismo, como lo articularemos más adelante, y contrariamente a lo que se cree, no necesariamente es repetir de manera indefinida.

Volveremos, pues, a temas que de cierta forma ya situé desde hace tiempo. Es también por el hecho de que nos encontramos en los tiempos de ese retorno y de su función que creí no poder demorarme más en entregarles reunido lo que hasta aquí creí necesario como puntuación mínima de ese recorrido, a saber, ese volumen que encuentran ustedes ya a su alcance. Es en la medida en que este año nos será posible, sin duda, profundizar en la función de esa relación con lo escrito (relación con lo escrito que, en últimas, de cierta forma, me esforcé hasta hoy si no por evitar, por lo menos, por retrasar) que también ahí creo poder dar ese paso.

Escogí que fueran cinco esos pocos puntos indicativos que hoy voy a enunciar ante ustedes.

El primero consiste en recordarles el punto en que estamos respecto a la articulación lógica del fantasma, lo cual constituirá, propiamente hablando, este año, mi texto.

El segundo, recordar la relación de esta estructura del fantasma, que ya les habré recordado de antemano, con la estructura como tal del significante.

El tercero, algo esencial y en verdad fundamental que conviene recordar, respecto a lo que este año podemos, debemos, llamar (si ponemos en primer plano lo que llamé la lógica en cuestión) un comentario esencial respecto al universo del discurso.

El cuarto punto, alguna indicación concerniente a su relación con la escritura como tal.

Por último, terminaré recordando lo que nos señala Freud, de manera articulada, respecto a lo que concierne a la relación del pensamiento con el lenguaje y con lo inconsciente.

Lógica del fantasma, entonces. Partiremos de la escritura que ya formé de eso, a saber, de la fórmula  $S \diamond a$ , *S tachado*, *punzón*, *a minúscula*. Recuerdo lo que significa el S tachado: el S

tachado representa, hace las veces, en esta fórmula, de aquello que retorna concerniente a la división del sujeto, que se encuentra en el principio de todo el descubrimiento freudiano y que consiste en que el sujeto está, por una parte, tachado de lo que lo constituye propiamente en tanto función de lo inconsciente. Esta fórmula establece algo que es un vínculo, una conexión entre ese sujeto en tanto constituido de esa manera y algo diferente que se llama *a* minúscula. *a* minúscula es un objeto cuyo estatuto (precisamente el estatuto en una relación que es una relación lógica, propiamente hablando) se determinará a partir de lo que este año yo llamo *hacer la lógica del fantasma*.

Cosa extraña, sin duda, y sobre la cual me permitirán ustedes no extenderme: quiero decir, que aunque el término de fantasma sugiere una relación con la *fantasia*, con la imaginación, no me demoraré ni siquiera un instante señalando su contraste con el término de *lógica* con el que entiendo estructurarlo. Es, sin duda, que el fantasma (tal como pretendemos instaurar su estatuto) no es tan radicalmente antinómico, como puede uno pensarlo a primera vista, de esa caracterización lógica que, propiamente hablando, lo desdeña. Así mismo, el rasgo imaginario de lo que se llama el objeto *a* les resultará (mejor aún a medida que marquemos lo que permite caracterizarlo como valor lógico) estar mucho menos emparentado de lo que parece a primera vista<sup>1</sup> con el campo de lo que, propiamente hablando, es lo imaginario. Antes bien, lo imaginario se le engancha, lo rodea, se acumula allí. El objeto *a* minúscula es de otra calaña. Por supuesto, es preferible que quienes me escuchan este año hayan tenido la posibilidad el año pasado de tener alguna aprehensión, alguna idea de éste. Por supuesto, este objeto *a* no es algo que sea (para todos y especialmente para aquellos para quienes está en el centro de su experiencia: los psicoanalistas mucho más), tenga aún, si puedo decirlo, la suficiente familiaridad como para que se les haga presente, diría yo, sin temor y hasta sin angustia. “¿Qué fue lo que hizo usted? –me decía uno de ellos–, ¿qué necesidad tenía usted de inventar este objeto *a* minúscula?”.

A decir verdad, pienso que, si se toman las cosas desde un horizonte un tanto más amplio, ya era hora. Porque sin este objeto *a* (cuyas incidencias, a mi parecer, se han dejado sentir ampliamente para la gente de nuestra generación) me parece que muchos de los análisis que se han hecho tanto de la subjetividad como de la historia y de su interpretación y, particularmente, de lo que hemos vivido en tanto historia contemporánea y, más precisamente, de aquello que burdamente hemos bautizado con el término y bajo el nombre tan poco adecuado de

---

<sup>1</sup> “me parece...” [Sizaret]

totalitarismo... cualquiera que, una vez que lo haya comprendido, pueda dedicarse a aplicarle ahí la función de la categoría del objeto *a minúscula*, podrá ver tal vez esclarecido porqué retornaba, en aquello que, de manera sorprendente, aún nos falta de interpretación satisfactoria.

El sujeto tachado, en su relación con este objeto *a minúscula*, se junta en esta fórmula escrita en el tablero por ese algo que se presenta como un *losange*, que hace poco llamé *punzón*, y que, en verdad, es un signo forjado expresamente para conjugar en él lo que puede aislarse de eso según si lo separan con un trazo vertical o con un trazo horizontal. Al separarlo con un trazo vertical representa una doble relación que puede leerse, en un primer abordaje, como mayor (>) o menor (<), \$ mayor que o también menor que A mayúscula, \$ incluido o también excluido de A mayúscula<sup>2</sup>. ¿Qué quiere decir esto? Que lo que se sugiere en el primer plano de esta conjunción es algo que lógicamente se llama la relación de *inclusión* o también de *implicación* a condición de que la hagamos reversible y que se articule... (voy rápido, sin duda, pero tendremos todo el tiempo para extendernos y retomar estas cosas; hoy se los indico, basta con que planteemos algunos mojonos sugestivos)... esta relación que se articula a partir de la articulación lógica que se llama *si y solamente si*. En este sentido, a saber, cuando el punzón queda dividido por la barra vertical (< | >), es el sujeto tachado en esa relación de *si y solamente si* con el *a minúscula*.

Esto nos detiene. Existe, pues, un sujeto. Esto es lo que lógicamente estamos obligados a escribir en el principio de tal fórmula. Ahí algo se nos propone, que es la división de la *existencia de hecho* y de la *existencia lógica*.

*La existencia de hecho*, por supuesto, nos remite a la existencia de seres (entre dos barras la palabra seres), seres –o no– hablantes. En general, estos están vivos. Digo “en general” porque no necesariamente: tenemos al convidado de piedra que no solamente existe en la escena en que Mozart lo anima, se pasea entre nosotros de manera enteramente corriente. La existencia lógica es otra cosa, y como tal tiene su estatuto; hay sujeto a partir del momento en que hacemos lógica, es decir, en que tenemos que manipular significantes.

Lo que concierne a la existencia de hecho, a saber, que algo resulta del hecho de que hay sujeto al nivel de los seres que hablan, es algo que, como toda existencia de hecho, requiere que se establezca ya cierta articulación. Pero nada prueba que esta articulación se haga en directo;

---

<sup>2</sup> En esta frase, Lacan pronunció en efecto dos veces “A mayúscula”. Por supuesto, es legítimo pensar que había que escuchar “a minúscula”. Pero más adelante se dirá que “el A mayúscula es el Otro de ese a minúscula” [S.]

que sea directamente, por el hecho de que hay seres vivos u otros que hablan, que estén por ello y de manera inmediata, determinados como sujetos.

El *si* y *solamente si* está ahí para recordárnoslo; motivo aquí articulaciones por las cuales tendremos que volver a pasar, pero en sí mismas son tan poco habituales, tan poco recorridas como para que yo crea tener que indicarles la línea general de mi esbozo en lo que tengo que explicar ante ustedes.

*a minúscula* resulta de una operación de estructura lógica. Efectúa no un *in vivo*, ni siquiera en lo vivo, no propiamente hablando en el sentido confuso que tiene para nosotros el término de *cuerpo*, no es necesariamente la “libra de carne”, aunque pueda suceder y, en últimas, cuando lo es, las cosas no se arreglan tan mal. Pero, bueno, resulta que en esta entidad tan poco aprehendida del *cuerpo* hay algo que se presta para esta operación de estructura lógica que nos queda por determinar. Ya saben, el seno, las heces, la mirada, la voz, esas partes desprendibles y, sin embargo, profundamente vinculadas con el cuerpo; de eso se trata en el objeto *a minúscula*.

Para hacer *a*, entonces, puesto que nos obligaremos a cierto rigor lógico, limitémonos a señalar aquí que se necesita lo *listo-para-proveer*. Por el momento eso puede bastarnos, ¡pero eso no resuelve nada! Eso no resuelve nada para aquello en lo que tenemos que avanzar: para hacer fantasma se requiere lo *listo-para-llevar*.

Me permitirán articular aquí algunas tesis en su forma más provocadora puesto que se trata igualmente de separar ese ámbito de los campos de captura que lo hacen retornar invenciblemente hacia las ilusiones más fundamentales de lo que se llama la experiencia psicológica. Lo que voy a avanzar es precisamente lo que apuntalará, lo que fundará aquello cuya consistencia quedará demostrada este año con todo lo que voy a desarrollar para ustedes.

Ya dije que desarrollar, eso hace tiempo que se hizo. Cuando durante el cuarto año de mi seminario traté *La Relación de Objeto* ya respecto al objeto *a*, se dijo todo respecto a la estructura de la relación de *a* minúscula con el Otro, absolutamente especial y articulada de manera suficiente en la indicación de que será de lo imaginario de la madre de donde dependerá la estructura subjetiva del niño.

Claro, se tratará aquí de que indiquemos de qué manera esa relación se articula en términos propiamente lógicos, es decir, como resultando radicalmente de la función del significante, pero

ha de notarse que para quien resumía entonces lo que podía yo indicar en ese sentido<sup>3</sup>, la mínima falta (quiero decir defecto, respecto a la pertenencia de cada uno de los términos de esas tres funciones que, entonces, podían designarse como sujeto, objeto -en el sentido de objeto de amor- y del más allá de éste: nuestro actual objeto *a*), la mínima falta, a saber, la referencia a la imaginación del sujeto, podía oscurecer la relación que se trataba de esbozar allí. No situar en el campo del Otro como tal la función del objeto *a* lleva a escribir, por ejemplo, que en el estatuto del perverso lo determinante es tanto la función, para él, del falo, como la teoría sádica del coito, cuando en realidad no es así; es a nivel de la madre que esas dos incidencias funcionan.

Avanzo entonces en lo que se trata de enunciar aquí: para hacer fantasma se requiere lo *listo-para-llevar*. ¿Qué lleva el fantasma? Lo que lleva el fantasma tiene dos nombres que conciernen a una sola y misma *sustancia*, si quieren ustedes reducir ese término a esta función de la superficie, tal como la articulé el año pasado. Esta superficie primordial que necesitamos para hacer funcionar nuestra articulación lógica, ya conocen ustedes algunas formas, son superficies cerradas, hacen parte de la *burbuja* [bulle], salvo porque éstas no son esféricas. Llamémoslas *la burbuja*<sup>4</sup> y veremos qué motiva, a qué se vincula la existencia de burbujas en lo real. Esta superficie que llamo *burbuja* lleva propiamente dos nombres: el deseo y... la realidad.

Es harto inútil fatigarse articulando la realidad del deseo porque primordialmente el deseo y la realidad están en una relación de textura sin corte; no necesitan, pues, costura, no necesitan ser recosidos, no hay “realidad del deseo”, diríamos, como tampoco es exacto decir “el revés del derecho”: se trata de una sola y misma estofa que tiene un revés y un derecho. Además, esta estofa acaso está tejida de tal manera que se pasa, sin darse cuenta, puesto que no tiene corte ni costura, de una a otra de sus caras, y por eso fue que ante ustedes di cuenta de una estructura como aquella llamada *del plano proyectivo*, llevada a imagen en el tablero en lo que se llama la mitra o el *cross-cap*. Que se pase de una a otra cara sin darse cuenta dice bien que sólo hay una, quiero decir, sólo una cara. No por ello, así como sucede en las superficies que acabo de evocar, de las cuales una forma parcelar es la banda de Möbius, no deja de haber un derecho y un revés. Es necesario plantear esto de manera original para recordar cómo se funda esta distinción del derecho y del revés en tanto *ya-ahí* antes de todo corte. Es claro que quien estuviera ahí en esta superficie implicado integralmente (como los animálculos de los que da cuenta la matemática

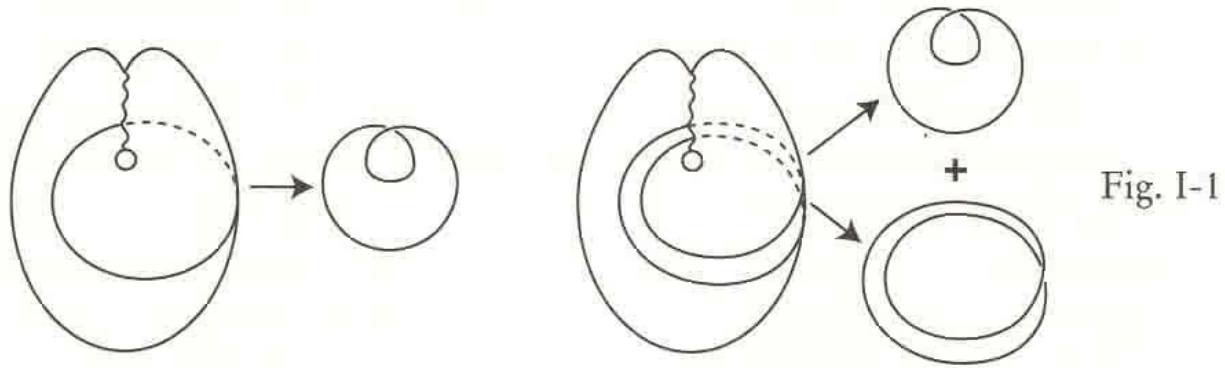
<sup>3</sup> Informe de J-B Pontalis del Seminario “La relación de objeto y las estructuras freudianas”, Libro IV, 1956-1957, *Bulletin de psychologie*, tomos X y XI, 1956-5.

<sup>4</sup> *la bulle*; ¿*l'a-bulle*? ¿*la a-burbuja*?

respecto a la función de las superficies) no verá de esta distinción, sin embargo segura, del derecho y del revés, ni jota, en otras palabras, absolutamente nada.

Todo lo que se relaciona, en las superficies de las que doy cuenta ante ustedes, seriadas desde el plano proyectivo hasta la botella de Klein, con lo que puede llamarse las propiedades extrínsecas ¡y que van bien lejos! (quiero decir, que la mayoría de lo que les parece más evidente cuando hago imagen para ustedes de estas superficies, no son propiedades de la superficie) adquiere su función en una tercera dimensión. Aún el hueco que se encuentra en medio del toro, no crean que un ser puramente tórico se dé cuenta de su función. No obstante, esta función no deja de tener consecuencias porque es desde ésta que, dios mío, he intentado desde hace algo así como casi seis años articular para quienes me escuchaban entonces (veo a algunos de ellos en primera fila), articular las relaciones del sujeto con el Otro en la neurosis. En efecto, en esta tercera dimensión se trata del Otro en la neurosis. Es respecto al Otro y en la medida en que hay ahí ese otro término, que puede tratarse de distinguir un derecho de un revés, lo cual no es aún distinguir *realidad* y *deseo*. Lo que es derecho o revés primitivamente en el lugar del Otro, en el discurso del Otro, se juega a cara o sello. Eso nada tiene que ver con el sujeto POR LA RAZÓN DE QUE NO LO HAY AÚN.

El sujeto comienza con el *corte*. Si de esas dos superficies tomamos la más ejemplar, por ser la más simple de manejar, a saber, la que hace poco llamé *cross-cap* o *plano proyectivo*, un corte pero no cualquiera, quiero decir, y lo recuerdo para quienes estas imágenes conservan aún cierta presencia; si, lo repito, de manera puramente imaginada pero cuya imagen es necesaria, a saber, sobre esta burbuja cuyas paredes (llamémoslas anterior y posterior) vienen a cruzarse aquí en este trazo no menos imaginario -es así como nos representamos la estructura de aquello de lo que se trata-, todo corte que sobrepase esta línea imaginaria instaurará un cambio total de la estructura de la superficie. A saber, que esta superficie entera se vuelve lo que el año pasado aprendimos a separar en esta superficie bajo el nombre de objeto *a*. A saber, que la superficie toda entera se vuelve un disco aplanable con un derecho y un revés, del que ha de decirse que no se puede pasar del uno al otro sin pasar por un borde. Ese *borde* es precisamente lo que hace imposible ese paso; por lo menos podemos articular así su función. Primero, *in initio*, a través de este primer corte (que contiene una rica implicación que no salta a la vista en seguida), por este primer corte la burbuja se vuelve un objeto *a*.



Este objeto *a* guarda (porque esa relación la tiene desde su origen... para que cualquier cosa llegue a explicarse) una relación fundamental con el Otro. En efecto, el sujeto no ha aparecido con el único corte por donde esta burbuja que instauro el significante en lo real deja caer primero este objeto extranjero que es el objeto *a*. Se requiere y basta, en la estructura aquí indicada, que uno se dé cuenta de lo que ocurre con este corte para notar también que tiene la propiedad, al redoblar, simplemente de juntarse, en otras palabras, que es lo mismo hacer un solo corte que hacer dos. Puedo considerar la hiancia de lo que hay aquí entre mis dos vueltas que no son más que una, como el equivalente del primer corte que, en efecto, si lo descarto, lo que se realiza es esta hiancia. Pero si en el tejido en que se trata de ejercer este corte hago un doble corte, desprendo, restituyo de ahí lo que se perdió en el primer corte, a saber, una superficie cuyo derecho continúa en el revés: RESTITUYO LA NO SEPARACIÓN PRIMITIVA DE LA REALIDAD Y DEL DESEO.

Después de esto, cómo definiremos *realidad*, lo que hace poco llamé el *listo-para-llevar el fantasma*, es decir, lo que constituye su marco. Veremos entonces que la realidad, toda la realidad humana, no es más que montaje de lo simbólico y de lo imaginario; que el deseo en el centro de este aparato, de este marco que llamamos realidad es, así mismo, propiamente hablando, lo que transcurre, como lo articulé desde siempre, lo que es importante distinguir de la realidad humana y que, propiamente hablando, es lo real que nunca es más que entrevisto, entrevisto cuando vacila la máscara que es la del fantasma, a saber, lo mismo que aprehendió Spinoza cuando dijo: “el deseo es la esencia del hombre”<sup>5</sup>.

A decir verdad, esa palabra “hombre” es un término de transición imposible de conservar en un sistema ateológico, que no es el caso de Spinoza. A esta fórmula de Spinoza hemos de

<sup>5</sup> Spinoza, *Ética*, III Definición de los afectos, I.

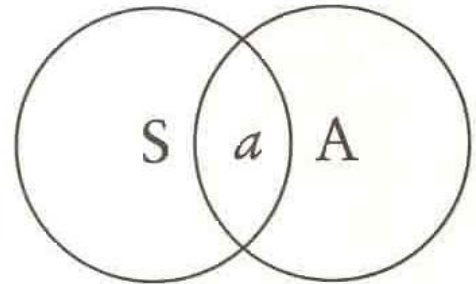


sustituir sencillamente esta fórmula, esta fórmula cuyo desconocimiento conduce al psicoanálisis a las más burdas aberraciones, a saber, que EL DESEO ES LA ESENCIA DE LA REALIDAD.

Pero esa relación con el Otro, sin el cual nada puede percibirse sobre el juego real de esa relación, es lo que intenté esbozar para ustedes, recurriendo al viejo soporte de los círculos de Euler, la relación como fundamental.

Seguramente esta representación es insuficiente, pero si la acompañamos de lo que soporta en lógica puede servir. Lo que resulta de la relación del sujeto con el objeto *a* se define como un primer círculo que otro círculo,

Fig. I-2



el del Otro, viene a traslapar: el *a* minúscula es su intersección.

Es así como por siempre (en esta relación de un *vel* originariamente estructurado, que es aquel que intenté articular para ustedes hace ya tres años, la alienación) el sujeto sólo podría instituirse como una relación de falta con ese *a* que es del Otro, salvo al querer situarse en el Otro, no habiéndolo, igualmente, más que amputado de este objeto *a*. La relación del sujeto con el objeto *a* comporta lo que la imagen de Euler toma como sentido cuando es llevada al nivel de simple representación de las dos operaciones lógicas que se llaman *reunión* e *intersección*. La *reunión* nos pinta el lazo del sujeto con el Otro y la *intersección* nos define el objeto *a*. El conjunto de esas dos operaciones lógicas son esas operaciones mismas que yo planteé como originales al decir que el *a* es el resultado efectuado de operaciones lógicas y que deben ser dos. ¿Qué quiere decir esto? Que es esencialmente en la representación de una falta, en tanto que transcurre, que se instituye la estructura fundamental de la *burbuja* que hemos llamado primero la *estofa del deseo*.

Aquí, en el plano de la relación imaginaria, se instaura una relación exactamente inversa a la que vincula el *yo* con la imagen del *otro*. El *yo* es, lo veremos, doblemente ilusorio, ilusorio porque está sometido a los avatares de la imagen, es decir, tanto entregado a la función del medio<sup>6</sup> o del falso semblante. Es ilusorio también porque instaura un orden lógico pervertido, cuya fórmula veremos (en la teoría psicoanalítica), en la medida en que sobrepasa imprudentemente esta frontera lógica que supone que en un momento cualquiera dado, y que se

<sup>6</sup> Palabra incierta [S.].

supone primordial de la estructura, lo que es rechazado puede llamarse *no-yo*. ¡Es muy precisamente lo que ponemos en duda!

El orden en cuestión, que implica, sin que se lo sepa y, en todo caso, sin que se lo diga, la entrada en juego del lenguaje, no admite de manera alguna tal complementariedad, y es precisamente lo que hará que pongamos este año, en primer plano de nuestra articulación, la discusión de la función de la *negación*. Todo el mundo sabe y podrá darse cuenta, en esa compilación, que ahora está a su alcance<sup>7</sup>, que el primer año de mi seminario en Sainte-Anne estuvo dominado por una discusión sobre la *Verneinung*, donde Jean Hippolyte, cuya intervención se reproduce en el apéndice de ese volumen, escandió de manera excelente lo que era para Freud la *Verneinung*. La secundariedad de la *Verneinung* es articulada allí de manera bastante fuerte, para que en adelante sólo se pueda admitir que sobrevendrá de entrada al nivel de esta primera escisión que llamamos *placer* y *displacer*.

Por eso, en esa *falta* instaurada por la estructura de la burbuja que constituye la estofa del sujeto, no se trata de ninguna manera de limitarnos al término, ahora en desuso por las confusiones que implica, de “negatividad”. El significante no podría, aún cuando propedéuticamente haya sido necesario durante un tiempo machacar su función para los oídos que me escuchan, el significante (y se podrá subrayar que jamás lo articulé propiamente como tal) no es únicamente lo que soporta lo que no está ahí. El *fort-da* en la medida en que se relaciona con la presencia o con la ausencia materna, no es ahí la articulación exhaustiva de la entrada en juego del significante, LO QUE NO ESTÁ AHÍ, EL SIGNIFICANTE NO LO DESIGNA, LO ENGENDRA. LO QUE NO ESTÁ AHÍ, EN EL ORIGEN, ES EL SUJETO MISMO. En otras palabras, en el origen no hay *Dasein*, salvo en el objeto *a*. Es decir bajo una forma alienada, que queda marcar [*sic*] hasta su término toda enunciación respecto al *Dasein*. ¿Acaso necesito recordar aquí mis fórmulas de que no hay sujeto sino por un significante y para otro significante? Es el algoritmo:

$$\frac{S}{S} \longrightarrow S'$$

Fig. I-3

S, en tanto hace las veces del sujeto, sólo funciona *para otro significante*.

<sup>7</sup> Los *Escritos* acaban de publicarse.

El *Urverdrängung* o represión originaria es esto: lo que un significante representa para otro significante. Eso no engrana nada, eso no constituye absolutamente nada, se acomoda de una ausencia absoluta de *Dasein*.

Durante casi dieciséis siglos, por lo menos, los jeroglíficos egipcios permanecieron tan solitarios como incomprendidos en la arena del desierto. Es claro, y fue siempre claro para todo el mundo, que esto quería decir que cada uno de los significantes grabados en la piedra mínimo representaba a un sujeto para los demás significantes; si no hubiera sido así, nunca nadie habría ni siquiera tomado eso por una escritura. No es en absoluto necesario que una escritura quiera decir algo para alguien, para cualquiera, para que sea una escritura y para que, como tal, manifieste que cada signo representa a un sujeto para aquel que lo sigue.

Si llamamos a eso *Urverdrängung*, eso significa que admitimos que nos parece conforme a la experiencia pensar lo que sucede, a saber, que un sujeto emerge en el estado de sujeto tachado como algo que proviene de un lugar en donde está supuestamente inscrito hacia otro lugar en donde se inscribirá de nuevo.

A saber, exactamente de la misma manera como estructuré en otro tiempo la función de la metáfora, en tanto es el modelo de lo que sucede en cuanto al retorno de lo reprimido:



Fig. I-4

Así mismo, es por eso que respecto a ese significante primero, del cual ya veremos cuál es, el sujeto tachado que ese significante cancela llega a surgir en un lugar en donde hoy vamos a poder dar una fórmula que aún no ha sido dada: EL SUJETO TACHADO COMO TAL ES QUIEN [CE QUI] REPRESENTA PARA UN SIGNIFICANTE -ESE SIGNIFICANTE DE DONDE SURGIÓ- UN SENTIDO.<sup>8</sup>

Entiendo por “sentido” exactamente lo que les hice entender al comienzo de un año<sup>9</sup> bajo la fórmula *Colourless green ideas sleep furiously*, lo cual puede traducirse en francés por lo siguiente, que pinta admirablemente el orden ordinario de sus cogitaciones: *ideas verdemente fuliginosas se adormecen con furor*.

<sup>8</sup> “El sujeto tachado, es lo *que* representa, para un significante, ese significante de donde surgió, un sentido” [Dorgeuille].

<sup>9</sup> El 2 de diciembre de 1964, durante el seminario *Problemas cruciales para el psicoanálisis*, Lacan comentó la frase tomada de *Structures syntaxiques* de Chomsky, Senil, 1969, p. 10. Cfr. también la crítica de Jakobson.

Esto, precisamente, a falta de saber que se dirigen todas a ese significante de la falta del sujeto que deviene un cierto primer significante a partir del momento en que el sujeto articula su discurso. A saber, aquello de lo cual todos los psicoanalistas se han dado cuenta bien sin embargo, aún cuando no hayan sabido decir nada que valga, a saber, el objeto *a* que en ese nivel cumple precisamente la función que Frege distingue del *Sinn* bajo el nombre de *Bedeutung*. Es la primera *Bedeutung*<sup>10</sup>, el objeto *a*, el primer referente, la primera realidad, la *Bedeutung* que permanece porque, en últimas, es todo lo que queda del pensamiento al final de todos los discursos:

- A saber, lo que el Poeta<sup>11</sup> puede escribir, sin saber lo que dice, cuando se dirige a su... “madre Inteligencia, en quien la dulzura manaba, ¿cuál es esta negligencia que hace callar su leche?”.

- A saber, una mirada embargada que es la que se transmite en el nacimiento de la clínica.<sup>12</sup>

- A saber, lo que uno de mis alumnos<sup>13</sup>, recientemente, en el Congreso de la Universidad John Hopkins, tomó como tema llamándolo “La voz en el mito literario”.

- A saber, también lo que queda de tantos pensamientos gastados en forma de un fárrago pseudocientífico al que se lo puede igualmente llamar por su nombre, como lo hice desde hace tiempo respecto a una partida de la literatura analítica, y que se llama *mierda*. Confesado de hecho por los autores. Quiero decir que, salvo por una pequeña falla del razonamiento respecto a la función del objeto *a*, uno de ellos pudo articular bastante bien que no hay más soporte del complejo de castración que lo que públicamente se llama el “objeto anal”.

Este no es, pues, un precisar por pura y simple apreciación sino, antes bien, la necesidad de una articulación en la que el solo enunciado debe retener (puesto que en últimas no está formulado por las plumas menos calificadas y porque será también este año nuestro método al formular la lógica del fantasma), mostrar dónde, en la teoría analítica, viene a trastabillar. En últimas, no nombré a este autor que muchos conocen. Que se escuche bien que la falta de razonamiento aún es razonada, es decir, aprisionable [*arraisonable*: *a*-razonable], pero no es obligatorio, y el objeto *a* en cuestión puede, en tal artículo, mostrarse absolutamente desnudo y no apreciarse de sí mismo. Es lo que tendremos ocasión de mostrar en ciertos textos que no veo

<sup>10</sup> Frege, Gottlob: *Über Sinn und Bedeutung*, 1892, “Sentido y Denotación” en *Écrits logiques et philosophiques*, Senil, 1971.

<sup>11</sup> Paul Valéry, « Poésie » en *Charmes*, Gallimard, 1929. Exactamente: “de quien la dulzura manaba”.

<sup>12</sup> Foucault, Michel, *La Naissance de la clinique*, PUF, París, 1963.

<sup>13</sup> No se pudo encontrar la referencia.

por qué a manera de trabajos prácticos no distribuiría entre ustedes de manera general si tengo suficientes a mi disposición, lo cual parece ser el caso. Esto llegará en el momento en que habremos de atacar cierto registro.

Y, desde ahora, quiero no obstante señalar lo que impide admitir ciertas interpretaciones que se han dado de mi función de la metáfora (quiero decir, de esas de las que acabo de darles el ejemplo menos ambiguo) al confundirla con cualquier cosa que haga una especie de relación proporcional. Cuando escribí que la sustitución, el hecho de injertar un significante sustituido a otro significante en la cadena significante, era la fuente y el origen de toda significación, lo que articulé se interpreta correctamente en la forma en que, hoy, con el surgimiento de ese sujeto tachado como tal, les di la fórmula. Esto exige que nos pongamos en la tarea de darle su estatuto lógico. Pero para mostrarles enseguida el ejemplo de la urgencia de tal tarea o solamente su necesidad, observen que la confusión tuvo lugar en esta relación entre cuatro:

$$\frac{S'}{S} \longrightarrow \frac{S}{s}$$

Fig. I-5

(el S', las dos S y el s minúscula del significado) en esta relación de proporción en que uno de mis interlocutores, el señor Perelman, el autor de una *Teoría de la argumentación*<sup>14</sup> que promueve nuevamente una retórica abandonada, articula la metáfora viendo allí la función de la analogía, y que es en la relación de un significante con otro, en la medida en que un tercero lo reproduce haciendo surgir un significado ideal, que funda él la función de la metáfora. A esto respondí en su momento. Únicamente de tal metáfora puede surgir la fórmula que se dio, a saber, S' sobre el s minúscula de la significación, dominando en lo alto de un primer registro de inscripción en que lo *Underdrawn*, en que lo *Unterdrückt*, en que el otro registro que sustantifica lo inconsciente estaría constituido por esa extraña relación de un significante con otro significante, a lo que se nos agrega que es de ahí de donde el lenguaje adquiriría su lastre:

$$\frac{\frac{S'}{s}}{S}$$

Fig. I-6

<sup>14</sup> Perelman Chaïm, *Traité de l'argumentation*, en colaboración con la señora Olbrechts-Tyteca, 2 vols., PUF, París, 1958. La refutación de Lacan puede hallarse en "La metáfora del sujeto" (1960), artículo retomado en el apéndice de los *Escritos*.

Esta fórmula llamada “del lenguaje reducido”, pienso que ahora lo sienten, reposa en un error que es el de inducir, en esa relación de cuatro, la estructura de una proporcionalidad. Mal se ve también qué puede salir de ahí puesto que, así mismo, la relación “S sobre S” se vuelve, entonces, más bien difícil de interpretar. Pero en esta referencia a un lenguaje reducido no vemos otro designio (de hecho confesado) que el de reducir nuestra fórmula de que “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”, la cual, más que nunca, ha de tomarse al pie de la letra.

Y puesto que resulta que hoy no cumpliré los cinco puntos que les anuncié, no por eso dejo de llegar hasta poder escandir para ustedes lo que constituye aquí la clave de toda la estructura y lo que hace la empresa que ha resultado así articulada, muy precisamente, al comienzo de la breve compilación de la que hace poco les hablaba, que concierne al giro de mis relaciones con mi audiencia, que constituyó el Congreso de Bonneval<sup>15</sup> –[con su futilidad<sup>16</sup>]: es un error estructurar de esta manera, sobre un pretendido mito del lenguaje reducido, cualquier deducción de lo inconsciente por la razón siguiente: ESTÁ EN LA NATURALEZA DE TODO Y DE CUALQUIER SIGNIFICANTE EL NO PODER, EN NINGÚN CASO, SIGNIFICARSE A SÍ MISMO.

Ya es bastante tarde como para que no les imponga en la prisa la escritura de ese punto inaugural de toda teoría de conjuntos, que implica que esta teoría sólo puede funcionar a partir de un axioma llamado de *especificación*. A saber, que sólo cobra interés hacer funcionar un conjunto si existe otro conjunto que pueda definirse por la definición de ciertos  $x$  en el primero, como satisfaciendo libremente una cierta proposición; “libremente” quiere decir independientemente de toda cuantificación, un pequeño número o todo. Comenzaré mi próxima lección con estas fórmulas: resulta de esto que al plantear un conjunto cualquiera, definiendo allí la proposición que señalé como la que especifica allí los  $x$ , como siendo simplemente que  $x$  no es miembro de sí mismo, lo cual... para lo que nos interesa, a saber, para lo siguiente -que se impone a partir del momento en que se quiere introducir el mito de un lenguaje reducido-: que hay un lenguaje que no lo es, es decir, que constituye, por ejemplo, el conjunto de los significantes. Lo propio del “conjunto de los significantes”, se los mostraré en detalle, comporta de necesario lo siguiente: si admitimos únicamente que el significante no podría significarse a sí mismo, comporta necesariamente que hay algo que no pertenece a este conjunto. No es posible

<sup>15</sup> Actas del VI Coloquio de Bonneval, 1960, *L'inconscient*, publicadas en *Bibliothèque Neuropsychiatrique de Langue Française*, Desclée de Brouwer, París, 1966.

<sup>16</sup> Estas tres palabras no fueron dichas por Lacan y pueden ser reemplazadas por puntos suspensivos [S.]

reducir el lenguaje simplemente por la razón de que el lenguaje no podría constituir un conjunto cerrado. En otras palabras: QUE NO HAY UNIVERSO DEL DISCURSO.

A quienes les haya costado algo de trabajo escuchar lo que les acabo de formular, les recordaré únicamente lo siguiente, que ya lo dije en su momento: que las verdades que acabo de enunciar son sencillamente aquellas que aparecieron de manera confusa en el período ingenuo de la instauración de la teoría de conjuntos bajo la forma de lo que falsamente se llama la paradoja de Russel, ya que no se trata de una paradoja, es una imagen. ¿Qué quiere decir el catálogo de todos los catálogos que no se contienen a sí mismos? O bien se contiene a sí mismo y contradice su definición, o bien no se contiene a sí mismo y, entonces, falta a su misión. No es de ninguna manera una paradoja, basta con declarar que hacer un catálogo como ése no se lo puede llevar a cabo y con razón...

Pero aquello cuyo enunciado les daba hace poco bajo la fórmula de que en el universo del discurso no hay nada que contenga todo, es algo que, propiamente hablando, nos incita a ser allí especialmente prudentes respecto al manejo de lo que se llama “todo” y “parte”, y a exigir, en el origen, que distingamos esto severamente (será el objeto de mi próximo curso): el *Uno de la totalidad*, que justamente acabo de refutar al decir al nivel del discurso que no hay universo, lo cual seguramente deja aún más en suspenso el que podamos suponerlo en cualquier otra parte, distinguir este Uno del *Uno contable* en tanto que por su naturaleza se escabulle y desliza por no poder ser el Uno salvo al repetirse por lo menos una vez y, al cerrarse sobre sí mismo, instaurar en el origen la falta en cuestión; la falta en cuestión para instituir al sujeto.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila  
Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español:

Álvaro Daniel REYES G., Arturo de la Pava O., Belén del Rocío MORENO C., Carmen Lucía DÍAZ L., Eduardo ARISTIZÁBAL C., Javier JARAMILLO G., Mario Bernardo FIGUEROA M., Pilar GONZÁLEZ R., Tania ROELEN S. H.

Esta traducción continúa su marcha; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

[pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com](mailto:pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com)